

ORADORES GRIEGOS

I

ANTIFÓN, el primero de los oradores del canon, era del demo Ramnus, e hijo, dicen, de Sofilo. Este es el nombre mismo del padre de Sófocles. Vale más o menos como sofista, y es por ende sospechoso. Los gramáticos se complacían en traducir en vínculos, ya de parentesco, ya de escuela, relaciones ideales. Antifón hijo de Sofilo no significa tal vez sino que la elocuencia en Atenas surgió de la sofística.

Nació Antifón cuando las guerras Persas, esto es en 480 a. C., posterior en poco a Gorgias, si se acepta el nacimiento de éste en 485. Según Focio, en cambio, le llevaba a Gorgias algunos años.

Parece ser opinión común que Antifón se formara independientemente de los retóricos sicilianos. Quintiliano dice que fué el primero que escribiera una oración, y según Filóstrato, Antifón era para no pocos el inventor del arte retórico; antes, Focio afirma "que al decir de muchos el primero que compilara un arte retórico fué Antifón; lo cual no había de extrañar, habiendo sido sofista su mismo padre". Pues Clemente Alejandrino es de la misma opinión, y agrega que fué también Antifón el primer *logógrafo*, esto es, escritor de discursos para los pleiteantes. Así fué ciertamente. Antifón en los últimos años de su vida habrá sin duda experimentado el influjo de los sofistas y también de ellos habrá tomado la idea de escribir un tratado de retórica; pero ya era orador y maestro de elocuencia antes que se tuviese noticia en Atenas de la retórica siciliana. Aristóteles, en el capítulo 35º de las *Confutaciones sofísticas*, pasaje de suma importancia en esta cuestión, no se opo-

ne a esta idea; antes parece confirmarla. Leyéndolo atentamente, se ve que distingue en él dos maneras de enseñanza: una por preceptos o enseñanza teórica, y de ésta dice que tuvo origen en Sicilia, e insistiendo afirma que antes de Tisias y sus antecesores sicilianos (quiere decir Córax) no había rastro de arte retórico; y otra práctica, es decir, por discursos que el maestro componía y hacía aprender de memoria a sus alumnos; este modo de enseñanza era anterior al primero.

Así fué como aprendió elocuencia Temístocles: según Plutarco, Temístocles se hizo orador, componiendo ya desde niño discursos y declamándolos. Pues Antifón salía de esta escuela y se formó con esta enseñanza práctica. Si en las oraciones llegadas hasta nosotros se encuentran indicios de la escuela sicula, de Gorgias sobre todo, esto se explica atribuyendo aquellas oraciones a su edad tardía; por más que no todas las figuras de palabra en que se complacían Gorgias o Tisias, se han de creer invenciones de éstos.

Las tetralogías muestran que Antifón se mantuvo fiel al antiguo método didáctico. Son doce discursos, divididos en tres grupos de cuatro; los discursos de cada grupo versan sobre el mismo tema, dos en defensa y dos en contra del acusado. Pues a algo por el estilo de estas tetralogías alude Aristóteles en el pasaje citado arriba, cuando dice que el maestro componía y daba a estudiar a sus alumnos series de preguntas y contestaciones.

Para comprender la diferencia de los dos métodos, basta tomar *un lugar común* de la retórica. Sea aquel en que se buscan las condiciones del crimen: el retórico que enseña teóricamente, generaliza, y dice pues que, primero, para cometer un crimen, se necesita que el malhechor lo crea posible; que espere no ser descubierto, o, si se le descubre, substraerse por algún medio a la pena; o que, si la pena es inevitable, será menor que el provecho que con el crimen se garantiza a sí mismo o a los suyos.

Pues el maestro que enseña prácticamente dirá lo mismo, más en forma de ejemplo: “a fulano se le presentó la posibilidad del robo, vió en seguida el medio de llevarlo a cabo; el dinero la víctima lo guardaba en una caja, cerca de la cama; y

solía ausentarse a menudo sin cuidarse de cerrarla; no tenía criados fuera de una vieja, que aprovechaba la ausencia del amo para entregarse a la bebida; ni había peligro que la sospecha cayera sobre él, porque, siendo amigo de la víctima, se le veía a menudo entrar y salir de su cuarto, etc.” Las novelas policíacas no son, en resumen, sino una aplicación práctica por el estilo de los lugares comunes de los retóricos.

En Atenas cada cual debía sostener por sí mismo sus razones ante los tribunales; la ley permitía sin embargo que, si el pleiteante era inepto para hablar, tomara en su favor la palabra el que lo quisiese. A los que prestaban de este modo el auxilio de su palabra, se les llamaba *sunégoros*. Pero compliéndose cada día más las relaciones jurídicas y civiles, se hizo pronto necesario, para los querellantes y querellados, hacerse escribir por personas hábiles lo que habían de pronunciar ante el juez. Así surgió la profesión de *logógrafo* o *escritor de discursos*, profesión que se hizo bastante remunerativa. El primero de los *logógrafos* fué Antifón; por lo menos, es cierto que fué el primero que conservó y publicó los discursos que iba componiendo, y los conservó sin duda para que les sirvieran de modelos a sus discípulos. Se afirma que se hacía pagar sus discursos, y que adquirió fama de avaro. Si se los hacía pagar, estaba en sus derechos; pero Antifón era noble y del bando de los aristócratas, y es mucho más probable que ayudas y enseñanzas las deparase gratuitamente. Por lo menos así haría pensar el hermoso retrato que de él nos dejó Tucídides, uno de sus discípulos: “Antifón era hombre no inferior en virtud a ninguno de los atenienses de su tiempo, y a todos superior en la facultad de razonar y exponer sus pensamientos. No se presentaba a hablar ante el pueblo ni en los tribunales, sino cuando se veía obligado a ello: es que se le miraba con sospecha por el pueblo, a causa de la fama de su gran elocuencia. Por lo demás, era el solo hombre que casi en todas las cuestiones podía ayudar eficazmente sobre lo que se le consultaba, a cuantos hallábanse envueltos en alguna cuestión, ya en los tribunales, ya en la asamblea”.

Con las últimas palabras se alude al oficio de *logógrafo* o abogado que se había impuesto, pero no se habla de retribución,

Mas, si se hacía pagar, daba prueba también en esto de saberse sobreponer a los prejuicios.

En realidad no sabemos nada de cierto sobre nuestro orador, antes del gran drama en que cayó víctima. Trátase del gobierno oligárquico de los Cuatrocientos. Fué el efecto de una revolución preparada y madurada desde hacía mucho, en las *eterias* o sociedades secretas de que Atenas rebosaba. La larga guerra, la catástrofe de Sicilia, es decir la destrucción de toda la flota y el ejército de Sicilia; en fin, el estado miserable en que la demagogia había precipitado al pueblo, favorecieron el movimiento oligárquico. Uno de los medios más eficaces que se emplearon, fué el asesinato político, misterioso, que llenó de miedo y sospechas a la ciudad. Establecióse la oligarquía en marzo de 411 a. C., y Antifón fué sin duda uno de aquellos que mayormente cooperaron al buen éxito de la mala causa. Digo mala no en sí, sino por los resultados; pues un pueblo en manos de demagogos es un caballo desbocado y azuzado. Lo que hizo la grandeza de Roma fué el haber logrado el senado afirmar en su mano la dirección suprema.

En la democracia ateniense faltaba algo que equivaliese al senado romano; faltaba la guía de una inteligencia, y sin duda si Antifón tomó parte en la conjura, es que comprendía el vicio orgánico de aquella constitución. Idealmente, la democracia es la forma más perfecta de gobierno, pero presupone una igualdad de inteligencia, de aptitudes, de fortuna que no existe ni puede existir. Pues: "*Cum par habetur honor summis et infimis, qui sint in populo necesse est, ipsa aequitas iniquissima*". ("Cuando no hay diferencia en el mando entre los sumos y los infimos, que no es posible no existan en una república, la igualdad misma resulta una iniquidad").

El que acusó a Antifón fué Terámenes, hijo de Agnon, que frecuentó la compañía de Sócrates y Pródico de Ceo, y fué, dicen, uno de los maestros de Isócrates. Cuenta, pues, entre los oradores y los sofistas. Se apodaba *coturno*, un calzado bueno para ambos pies; y es que conspiraba con los oligárquicos, y en seguida, si veía sobresalir a alguien, simulaba abrazar la causa del pueblo. Era un mal sujeto; así lo pintan Tucídides y Lisias, y de nada sirve uno que otro

juicio favorable de Aristóteles. Los Cuatrocientos cayeron en junio, y Antifón fué condenado y ejecutado. Su integridad, su elocuencia hubieron de despertar la envidia de Terámenes; si queda no se qué mancha sobre su nombre, se debe a que los historiadores posteriores a Tucídides se inspiraron en las acusaciones de Terámenes.

La defensa de Antifón fué obra maestra: nunca, dice Tucídides, se había oído en Atenas algo igual. Mas las sectas obedecen a su disciplina y no a la razón. Condenado, Agatón, el trágico, se le acercó y le felicitó, y la respuesta de Antifón fué que el juicio de persona inteligente valía más para él que el de la muchedumbre. Es una anécdota absurda y que además se cuenta de muchos otros, aunque se lea en Aristóteles. Suidas cita estas palabras: "Mis adversarios os ruegan que no me tengáis compasión, como si fuera yo hombre capaz de acudir a suplicas y enternecimientos para salvarme". Por mi parte, la pongo en el número de los tantos cuentos. Son una exageración de la actitud de Sócrates en su proceso, que no quiso dar al pueblo la satisfacción de suplicarle, y traer ante él a sus hijos.

El bribón de Terámenes encontró en Critias la horma de sus zapatos. A nosotros nos repugna ver la emulación llevada hasta el homicidio, la ambición considerada como un derecho, el oponerse a ella, como un crimen, y el pueblo siempre pronto a oír denuncias y conceder cabezas. Pues tales eran aquellas democracias, y no mucho mejores se muestran las repúblicas italianas de la edad media. Critias, Lisias, Alcibíades, Agatón y Andócides tal vez, consta que buscaban la compañía del viejo Antifón. Critias llegó a ser él también orador, y de los caracteres de su estilo se ocupa Dionisio.

La elocuencia de Antifón nada tiene de lo que se supone propio de los retóricos sicilianos, a no ser ciertas figuras de dición. Es elocuencia viril, sincera, que brota (cuando habla en su nombre) de una íntima persuasión. Se le conocían sesenta discursos, pero veinticinco se reputaban espurios. Parece ser que los gramáticos dividieran las oraciones según el tema; las quince que se han conservado pertenecían al grupo de las escri-

tas por homicidio. Existía una colección de exordios y epílogos buenos para cualquier circunstancia.

Se citan obras retóricas: αἱ τεύχματα, en plural; tal vez eran varios libros de una sola obra, pues hallamos citas como las siguientes: “Antifón en el segundo sobre retórica; Antifón en el tercero de las artes”. Citase el *Político*, un discurso al parecer, y además unos λόγους sobre la verdad: «περὶ ἀληθείας» y sobre la concordia: «περὶ ὁμονίας».

Ello es que hubo más de un Antifón, y uno entre otros contemporáneo del orador, *sofista* de profesión e intérprete de sueños. Según Hermógenes, eran de este segundo Antifón, el *Político* y los discursos sobre la verdad y la concordia. Otro gramático, Pólux, le niega la paternidad de las obras retóricas, de modo que no le quedarían sino las oraciones y la colección de exordios y de epílogos.

Respecto de las dos obras sobre la verdad y sobre la concordia, Hermógenes dice: “Debiendo hablar de Antifón, me es forzoso decir que en opinión de muchos, y según Didimo afirma y la historia demuestra, ha habido muchos Antifontes; y entre ellos dos que ejercían la profesión de sofistas: uno el orador, cuyos son los discursos sobre homicidio y las arengas, y otro que era, además de sofista, adivino e intérprete de sueños; se dice que sean obra de éste los discursos sobre la verdad, sobre la concordia y el político”. Era, por lo tanto, opinión general que estas tres obras no pertenecían a Antifón el orador, y eso ha de bastar; pues el hacer cuestión ahora sobre si la opinión pública era acertada o equivocada, cuando ya no existen las obras en cuestión y falta todo documento, es poco menos que locura.

Pero después Hermógenes se pregunta si las tres obras citadas son de un *solo autor*, (en tal caso serían de Antifón el sofista), o si son de dos autores (entonces uno de ellos sería el orador), y contesta que algunas veces le parece que sean dos, y otras que sea uno. En cuanto al *Político* y al discurso sobre la concordia, que sean obra del sofista no cabe duda alguna según Hermógenes. La cuestión se limita al discurso sobre la verdad; sólo éste le parece y no le parece obra del sofista.

Pues de estas palabras de Hermógenes, tan claras, algunos deducen que el *tratado sobre la verdad* era a no dudar obra del sofista, pero que las otras dos obras nada impide creer fueran del orador. Según se echa de ver, se le hace decir a Hermógenes precisamente lo contrario de lo que dice.

Esto en cuanto se refiere a los tres tratados o discursos citados: el político, la verdad, la concordia. En lo que atañe a las obras retóricas, cuya autenticidad Pólux niega, me limitaré a decir que para Quintiliano, Focio y hasta para Cicerón, aquellas artes o tratados retóricos que llevaban el nombre de Antifón, eran auténticos. Después de hablar de los lugares comunes de Protágoras y Gorgias: "sirviéndose de ellos tenía escrito Antifón Ramnusio algo por el estilo". Pero estas palabras de Cicerón podrían avenirse a las tetralogías.

Poseemos quince oraciones de Antifón, de cuya autenticidad no hay motivo para dudar. Tres fueron escritas para causas reales y doce para homicidios supuestos. Entre las primeras la más importante es la defensa de Helo, de Mitilene, acusado de haber dado muerte a cierto Herodes. Antiguamente juzgaban a esta oración una de las mejores. Otra es una breve acusación de veneficio contra la madrastra, recitada por el hijastro en el Areópago; la tercera fué escrita en defensa de un corega acusado de haber dado muerte a un corista.

Volviendo a la oración en defensa de Helo, diré que la primera parte del exordio consta de lugares comunes que mal se avienen entre sí, con falsas antítesis y pensamientos indecisos; para mí es una añadidura. Pero luego aparece Antifón: "Os pediré, no lo que suelen los acusados, que me escuchéis, pues esto es mostrar poca confianza en su causa y creeros capaces de obrar malamente (porque entre hombres honrados los acusados ya tienen sin pedirlo el derecho de que se les escuche, lo propio que los acusadores); lo que os pido es que si hablando soltara algún desacierto, no hagáis caso, atribuyéndolo a mi inexperiencia en el hablar, y no a maldad, pero en cambio si lograra decir algo acertado, esto habéis de atribuirlo a la fuerza de la verdad, más que a mí habilidad oratoria". Lo que sigue es contra el procedimiento que se usó en este proceso, iní-

cuo por todo concepto; mas explicarlo ahora aquí resultaría demasiado largo.

Puesta de relieve la maldad de sus enemigos, que se evidencia en lo ilegal del procedimiento para con él empleado, pasa a la narración del hecho. Helo y Herodes llegan por nave a Metimna. No teniendo la nave abrigo, se vieron obligados a pasar a otra. De noche salió Herodes, y no apareció más. Helo, después de cumplir el viaje, hubo de volver solo a Atenas, donde los parientes le acusaron de la muerte de Herodes.

La narración es clara, breve, persuasiva. Desde este punto la defensa se apoya enteramente sobre razones de verisimilitud, como que no había sino un testigo, el cual, sometido primero al tormento, acusó a Helo, y poco después, antes de morir, declaró haber mentido. Aquí hállase Antifón a sus anchas. Pero oraciones sobre asuntos análogos y que revelen un arte más avanzado, las encontraremos en otros oradores. Antifón, para nosotros, es el autor de las *tetralogías*.

Son éstas composiciones escolásticas, que muestran al maestro más que al orador; pero propias de él solo. En la primera de las tres tetralogías, trátase de un hombre que encontróse asesinado. La primera oración es la acusación de los deudos del muerto. No es una oración en todo su desarrollo; las partes apenas están indicadas. Lo que importa son los puntos de vista que acreditan la culpabilidad del acusado; y éstos, para los discípulos, basta señalarlos. Faltan pruebas, dicen los acusadores, pero no ha de extrañar; indicios y pruebas se encuentran fácilmente cuando trátase de un malhechor vulgar, mas no cuando el criminal es de buena familia, y por tanto no sospechoso, práctico en los negocios, y que pues nada emprende sin haberlo todo calculado, hallándose en la edad en que mayores son la astucia y el discernimiento. Tal, más o menos, la primera parte del exordio. En la segunda, los acusadores rechazan la tacha de temeridad, por haber intentado un proceso sin pruebas; pues ante todo para ellos la culpabilidad del acusado no se pone en tela de juicio; y estando ciertos de su culpa, están obligados a procurar por todos los medios que sea castigado, no por odio, mas porque mientras no se castigue al autor de un asesinato, la maldición pesa sobre la ciudad; ni

ellos lo acusarían de no estar ciertos de su crimen, porque acusar a un inocente en vez del culpable, es provocar aún más la ira de los dioses. Estas razones últimas, que a nosotros nos parecen débiles, eran precisamente las que más podían en el alma de aquellos jueces populares.

He aquí los argumentos (una simple enumeración, pues a los alumnos les tocaba darles el necesario desarrollo): El acusado es el autor del homicidio, y nadie más que él. No fué la víctima muerta por ladrones, porque entonces le hubieran quitado los vestidos; no murió en una riña bebiendo, porque se conocería entonces al matador; no le asesinaron por injurias o provocaciones, porque nadie injuria ni provoca a media noche en un lugar desierto; ni fué muerto por alguien que marrara el golpe, porque en este caso no habría sido asesinado también el siervo. No queda, pues, sino admitir que murió asesinado por alevosía en una asechanza. Así continúa la oración, pasando luego a demostrar que sólo el acusado, por su notoria enemistad, por los daños que había recibido del muerto y los mayores que estaba cierto de recibir, pudo ser el autor del crimen. No son más que conjeturas probables; pero si no se tienen en cuenta, no habrá modo de castigar a un taimado. Pasa luego a un testigo, el criado, que respiraba aún cuando lo encontraron y murmuró el nombre del acusado. A todas estas razones contesta el acusado, refutándolas una a una; vuelve a replicar el acusador, y a contestar el acusado.

He insistido algo para dar no más que una idea somera de esas tetralogías, que individualizan a Antifón. Sus pruebas están sacadas del hecho mismo, de las circunstancias, de un análisis psicológico que revela observación no común; en fin, en su mayor parte, podrían servir aún hoy en casos semejantes.

Lo que no hay aprovechable es lo que se funda en los temores supersticiosos y sentimientos propios y particulares del pueblo ateniense; pero estos pasajes, que nos parecen algo livianos, tienen valor histórico, y si no demuestran el valor de Antifón, nos hacen conocer la calidad del pueblo con que se las había.

II

ANDÓCIDES, el segundo orador del canon, es otra víctima de la envidia de los demagogos. Ya en Atenas el ser rico y de buena familia era más peligroso que el ser criminal.

Sus oraciones iluminan un episodio de los más siniestros de la historia de la ciudad y muestran hasta dónde llegaba la superstición. Es también un ejemplo de la verdad de que nunca se logra desvanecer enteramente una calumnia. Era Andócides hijo de Leagoras. Su familia era de las más antiguas y nobles. El logógrafo Helánico, anterior a Andócides, habla ya de ella, y hace llegar su origen a Ulises. El pseudo Plutarco, en sus *Vidas*, sube aún más, y le da por progenitor a Mercurio. Era la suya una familia sacerdotal, con derecho al desempeño de ciertos oficios en la celebración de los misterios de Eleusis. Los heraldos, encargados de anunciar la tregua y suspensión de hostilidades durante la celebración de los misterios, sacábanse de su familia.

Las fuentes acerca de Andócides son: en primer lugar sus oraciones; después la *Vida*, atribuida a Plutarco, y por fin una oración contra él, que se lee entre las de Lisias, y que es sólo un libelo, una "loidoria", como las llamaban, es decir una de esas composiciones, en las que se daba prueba de valentía calumniando, injuriando y alterándolo todo. Puede ser que la oración haya sido recitada de veras en el proceso de 399, por uno de los tres acusadores, pues Andócides en su defensa rechaza muchos de los cargos que se le hacen en ella; pero, esta circunstancia, de ser demostrada, sólo evidenciaría hasta qué punto era permitido en Atenas llevar la impudencia, en las acusaciones. En resumen, esta oración, que ya los antiguos enumeraban entre aquellas que se atribuían falsamente a Lisias, pretende demostrar con el ejemplo de Andócides, que quien comete un sacrilegio es infeliz durante toda su vida.

Como dije, en más de un punto de su defensa Andócides parece referirse a ella. Si, pues, tenemos una de las oraciones de los acusadores, como Blass opina, los datos que ningún interés tenía el calumniador en alterar, podrán servir para acla-

rar los puntos oscuros de la biografía. Uno de éstos es el año del nacimiento. Según el biógrafo, sería éste el de 468 a. C. La fuente del autor de las *Vidas* de los diez oradores era Dionisio de Halicarnaso. Al parecer se colocaba entre cada uno de los tres primeros oradores (Antifón, Andócides, Lisias) una distancia aproximada de diez años. A Antifón se le hacía nacer cuando las guerras persas, esto es entre 480 y 476; a Andócides en 468; a Lisias en 459 o 58. De ser ciertas estas fechas, sería el orador y no su abuelo, el Andócides hijo de Leagoras, que vemos en Tucídides estratega, en 432, cuando la batalla de Sibotas; y le llevaría a Alcibiades unos diez o doce años. Pero los modernos en general rebajan la fecha de su nacimiento en unos 26 años; esto es, lo ponen en 442, basándose en el testimonio del pseudo Lisias y en la hipótesis de que la oración indicada sea de uno de los acusadores. Se dice allí que Andócides en 399, durante el proceso, tenía ya más de 40 años. Plutarco indica el año de 468 a. C. y el nombre del arconte: Theogonis; en su favor estaría el hecho de que Andócides, al hablar de su familia, no habría pasado en silencio a su abuelo, de haber sido estratega en 432. Sea como quiera, conjetura por conjetura, vale más la de los antiguos que las modernas, cuando no están reñidas con fechas averiguadas y ciertas. De cualquier modo, no podía ser mucho más joven que Alcibiades. Contra éste hay una oración de Andócides, cuya autenticidad no fué puesta en tela de juicio por los antiguos, ni tampoco por los doctos humanistas que se ocuparon de ella en el siglo XVIII, como Hauptmann, que la suponía compuesta en 416 a. C. Hoy se la considera obra de un sofista, por ciertos errores históricos que se cree descubrir en su texto.

Se trata en ella del ostracismo. Habíase propuesto al pueblo el ostracismo de Nicias o de Alcibiades o de Andócides; y éste demuestra que el único que mereciera tal castigo era Alcibiades. El último ostracismo fué el de Hiperbolo en 417. En el exordio, Andócides demuestra lo absurdo de tal costumbre. El ostracismo era un destierro por diez años, al que se condenaba en Atenas a los ciudadanos que sobresalían demasiado, por miedo de que se hiciesen tiranos; escribíase el voto en una concha de ostra, y de allí su nombre. En esta oración, que Tay-

lor creía de Feax (y no era hipótesis desacertada) Alcibiades parece más joven que el orador. Feax era uno de los émulo de Nicias y Alcibiades, y lo que cuenta Plutarco de su oración contra éste, se aviene perfectamente a la que se atribuye a Andócides (*Vates: de rebus Andocidis*). El componer "loidorias" contra Alcibiades estaba en boga entre los sofistas, y sólo queda por ver si ésta es una de las tantas.

Andócides fué víctima de la envidia y la superstición, más que de sus defectos. No se le conoce casi, sino por sus procesos y desgracias consecutivas. Hacia 420 se muestra partidario de la oligarquía en un fragmento de una oración dirigida a los *compañeros*, esto es a los de su secta. Puede ser que se trate de una carta y no de una oración; pero sea cualquiera el hecho, revela a un hombre y no a un muchacho; y lo mismo dígase de otra oración, no se sabe cual, contra Hiperbolo, que fué desterrado por ostracismo en 417. Todo hace ver que no podía Andócides por esos tiempos (420-417) tener más de unos 20 o 23 años. Mas, pasemos a la página de su vida que se conoce bien.

El pseudo Lisias hace de dos procesos uno solo y dice que Andócides fué envuelto en ambos. Pero Andócides pone las cosas en su lugar. Además de que su narración se recomienda por su misma evidencia, cita tantos testigos (y entre ellos muchos de los mismos jueces, que presenciaron los acontecimientos) que no se puede no prestarle fe. Dos fueron los procesos: el de la profanación de los misterios y el de la *Hermocopia*. En cuanto al primero, el orador cita una por una las denuncias que se hicieron; da los nombres de aquellos que en cada denuncia estaban incluídos, nombres que se conservaban en actos públicos, y entre ellos no se encuentra el suyo, sino el de su padre. Muchos huyeron; Leagoras permaneció en la ciudad por los consejos de su hijo: afrontó el proceso, y salió vencedor. Fué, en cambio Andócides envuelto en el segundo proceso, el de la *Hermocopia*, por la denuncia de Dioclide.

Había en la plaza de Atenas y también ante muchas casas, unas *Hermas*, es decir ciertos postes cuadrangulares que sostenían la cabeza de Hermes (Mercurio). Una mañana del mes de mayo de 415 todas las Hermas aparecieron mutiladas, excepto aquella que estaba frente a la casa de Andócides. Al-

gunos atribuyeron el hecho a los Corintios, otros a los enemigos de Alcibiades. Este, en efecto, cuando más tarde ya había dado principio felizmente a la empresa de Sicilia, fué llamado a Atenas. Naturalmente, no quiso hacerle el gusto a sus enemigos, y se refugió en Esparta; siendo ésta la causa de la caída de Atenas.

Cualquiera que haya sido el móvil de la mutilación de las Hermas, los ejecutores procuraron hacer caer las sospechas sobre Andócides, dejando intacta la Herma de su casa. Imposible describir la consternación de la ciudad. Se propuso un premio de mil dracmas y otro de diez mil, por Pisandro, para quien descubriera a los culpables. Presentáronse en seguida dos delatores; y los denunciados, que no lograron escapar, fueron habidos. Parecía calmado el tumulto, cuando Pisandro, un siniestro tipo de demagogo, que entonces se hacía el democrático, y fué pocos años después uno de los Cuatrocientos, junto con Caricles... Pero será mejor que dejemos hablar al mismo Andócides:

“Pisandro y Caricles, dos de los encargados de las pesquisas, y que a la sazón se creían grandes amigos del pueblo, declararon que el sacrilegio no podía ser obra de pocos; que era una amenaza para la democracia, y que se debían continuar y no suspender las indagaciones...”

“Envalentonado Dioclide, al ver tan envilecida la ciudad, presentóse al senado y declaró que conocía a los autores del crimen, que no eran menos de trescientos, y contó de qué modo había podido presenciar el hecho. “Ciudadanos: os ruego que hagáis memoria, y atendáis si digo la verdad, comunicándoos los unos a los otros lo que esté en vuestro conocimiento; pues son cosas de las que se habló mucho entonces entre vosotros, y de las cuales vosotros mismos sois testigos”.

“Dioclide contó pues que tenía en su mina del Laurio, como capataz, a un esclavo, y que debía llevarle los sueldos para los obreros. Pero aquella mañana, equivocado en la hora, levantóse antes de tiempo, y se puso en camino, cuando aún era noche y estaba la luna llena. En llegando frente al templo de Baco, vió con no poca sorpresa que muchos hombres descendían del Odeón a la orquesta. Asustado se cobijó a la som-

bra, y sentóse precisamente entre una columna y aquel poste sobre el cual está la estatua de bronce de un capitán. A su parecer, decía, aquellos hombres no debían de ser menos de trescientos, estando dispuestos como en círculo, repartidos en grupos de quince y de veinte hombres. Pudo conocer a muchos, porque la luna les daba en la cara.

“Qué horror, ciudadanos, el que de tal hombre dependiese el hacer, con una palabra suya, que se condenase o absolviere a cualquiera de los atenienses que se le antojara.

“Continuaba narrando que, después de haberlo visto todo, se fué, camino del Laurio; que la mañana del día siguiente le llegó allá la noticia de la mutilación de las Hermas, y que él no dudó ni un momento de que el hecho fuese obra de aquellos hombres que había visto. A su vuelta a la ciudad supo, decía, que se habían elegido investigadores, y propuesto un premio de cien minas. Dió por casualidad con Eufemo, el hermano de Telicles, que estaba sentado en una herrería; llamóle y condújole al templo de Vulcano, y allí, decía, le narró lo que os acabo de contar, esto es, que nos había visto y reconocido aquella noche. Agregó que después de habérselo contado todo, preguntó a Eufemo si debía aceptar las cien minas de la ciudad, o pedir las a vosotros, ganándose de este modo nuestra amistad. Al contestarle, comenzó Eufemo alabándolo por haberle antes contado todo a él; y después le persuadió de que fuese a casa de Leagoras: “Allá, dijo, podrás entenderte conmigo, con Andócides y demás compañeros”.

“Seguía contando Diocliides que el día después vino a mi casa y llamó a la puerta; que en aquel momento salía mi padre, quien al verlo dijo: “Allá te esperan; no hay que despreciar amistades semejantes”; dicho lo cual, mi padre se fué. Con estas palabras de la denuncia procuró perder a mi padre, haciéndole creer cómplice.

“Pero continuemos. Contaba, pues, que convino con nosotros en que le daríamos dos talentos en vez de las cien minas que la ciudad ofrecía, y que además le prometimos que si llevábamos a cabo la empresa él sería uno de los nuestros; mientras tanto le rogábamos que se confirmara el pacto por ambas partes con un juramento. A lo cual afirmaba haber él respon-

dido que lo pensaría, dándole nosotros cita en lo de Calias. Y he aquí cómo intentó perder también a mi cuñado Calias. Agregaba que nos encontramos en casa de éste, y quedamos en que se haría el juramento en la Acrópolis, prometiéndole darle lo pactado, a principios del mes entrante; pero, añadía, como faltamos a la promesa, y no le dimos nada, resolvió entonces presentarse al senado y hacer la denuncia.

“Esta es la denuncia que Dioclidez hizo ante el senado; después de la cual, presentó una lista de 42 personas: las que pretendía haber reconocido aquella noche. En esta lista figuraban en primer término Mantiteo y Afepsio, que estaban allí presentes en su calidad de senadores. Entonces levantóse Pisandro, y propuso que, abolido el decreto del tiempo de Lioandro, se pusiese en la rueda a los denunciados, si se quería descubrir antes de la noche a todos los culpables. El senado acogió la propuesta con aclamaciones. Al oír esto, Mantiteo y Afepsio se refugiaron en el altar de Vesta, suplicando se les hiciese gracia del tormento, que estaban dispuestos a dar fiadores y someterse al juicio. Mucho trabajo les costó conseguirlo. Presentaron fiadores; pero en seguida montaron a caballo y pasaron a los enemigos, dejando a los infelices fiadores expuestos a sufrir la condena que debía infligirse a ellos. Interin, el senado salió de la curia, nos apresó con sigilo y nos condujo a la cárcel. En seguida llamó a los estrategos, y decretó que los que vivían en la ciudad se reuniesen en la plaza, armados; los que habitaban en el muro largo se recogiesen en el Teseo; y los del Pireo se juntasen en la plaza Hipodamia; que se diera a la caballería, con el clarín, la señal de acudir aquella misma noche al Anaceo. También decretóse que el senado pasaría la noche en la Acrópolis, y los Pritanes en el Tolo. Al imponerse los beocios de tamaño alboroto, se presentaron armados a los confines, y allá asentaron sus reales.

“Y Dioclidez, mientras tanto, causa de tantos males, era puesto, como salvador de la ciudad, sobre un carro, coronado y llevado en triunfo al Pritaneo, donde se le ofreció un banquete”.

Hasta aquí Andócides. Huelgan los comentarios. Sólo haré notar que ni siquiera se reparó en que la mutilación de las

Hermas tuvo lugar en una noche de luna nueva. Se encuentra esta narración algo fría. A mí me encanta el que a la víctima de tan desvergonzado embuste, aunque hable después que el mismo Diocledes había confesado su mentira y sufrido el suplicio extremo, no se le escape ni un insulto, ni una exclamación, ni una protesta. Cuenta el pseudo Lisias que Andócides se entregó él mismo a la justicia, y ofreció para que se sometiera al tormento a un esclavo, que ya había muerto. ¡Qué desfachatez! Agrega que para salvarse denunció a su padre y a sus parientes. Mas dejemos que el mismo orador continúe el relato:

“Nos hallábamos todos encadenados en un mismo lugar. Era de noche y se había cerrado la cárcel. Ya entraban las mujeres a ver a sus hijos, a sus esposos, a sus hermanos. No se oían sino los gritos y los gemidos de los que lloraban y se quejaban, cuando mi primo Carmides, que era de mi edad, y había sido criado en mi casa desde niño, me dijo: “Andócides, vé lo grave de nuestra situación. Hasta el día nunca me ví necesitado a pedirte algo que te molestara; pero, al punto que han llegado las cosas, no puedo excusarlo. Ya algunos de tus amigos y compañeros (de nosotros, los parientes, no hablo) sabes como han perecido bajo esta misma imputación; y que otros han abandonado la patria, confesándose con ello culpables. Vamos, si algo sabes de este mal negocio, decláralo; sálvate tu mismo, primero, después a tu padre, a quien debes amar sobre todos; luego a tu cuñado, marido de tu única hermana, y en fin, a los demás deudos y parientes (y mira cuantos son), y por último a mí también, que en mi vida te hice daño y siempre he estado tan pronto a servirte”. A las palabras de Carmides se añadieron los ruegos de todos en conjunto y de cada cual en particular.

“Mientras tanto yo pensaba: ¿Habrà desgracia igual a la mía? ¿Qué hago? ¿He de dejar que perezcan mis consanguíneos inocentes, he de verlos morir y confiscar sus bienes, y además de esto ver sus nombres grabados como de impíos en una columna, siendo nombres de personas que ninguna parte han tenido en el acontecimiento, y he de dejar a trescientos ciudadanos en peligro continuo de morir inícuamente, la ciudad toda sumida en la consternación, y sospechosos los unos de los

otros? ¿O declaro lo que me dijo Eufiteto, autor del crimen?

“Además de esto, ciudadanos, calculaba que los culpables o habían muerto ya a consecuencia de la denuncia de Teucro, o se habían puesto a salvo mediante la fuga, de modo que no quedaban sino cuatro, no denunciados por aquél, esto es Paneicio, Cheredano, Diócrita y Lisistrato. Estaba a la vista que éstos no podían no ser denunciados por Dioclides, dada su notoria amistad con los ya ajusticiados.

“Aunque yo callara, su salvación no era cierta, mientras que era cierta la muerte de todos los míos si nadie dijera la verdad a los atenienses. Era, pues, preferible el destierro de cuatro personas, que aún viven, y han vuelto a la patria, recuperando todos sus bienes, a la muerte inícua de aquéllos. Si alguien de vosotros, jueces, o de los demás ciudadanos, ha podido creer antes, que yo he hecho la denuncia para salvarme a costa de mis compañeros (y esta es la especie que han difundido mis enemigos para denigrarme) fije su atención en las cosas que sucedieron”.

Dejemos ahora a Andócides. ¿Era culpable? Distingamos. Si es del crimen de lo que se trata, no sabría qué decir, pues una cosa es tener conocimiento de lo que se maquina, y otra ser cómplice. Mas la culpa que se le achacaba y que le enajenó las simpatías de todos los ciudadanos, no era la parte que tal vez tuvo en la mutilación de las Hermas, sino la denuncia. Es el horror que esta palabra inspira, lo que aún pesa sobre su memoria. De esto intenta purgarse en todas sus oraciones. ¿Hay atenuante para una denuncia? Yo digo que en el caso de Andócides la hay. Que no miente, estamos ciertos, pues algunos de los denunciados hallábanse entre los jueces. El único daño que produjo su denuncia fué un breve destierro de cuatro personas, mientras salvaba a todos los suyos; puso coto a las delaciones e instigaciones; desenmascaró a Dioclides, que fué ajusticiado. Ni en su defensa, quince años después, según se echa de ver, cuenta todo lo que sabe, sino sólo lo que se vió obligado a revelar entonces.

Oigamos lo que dice: “Vamos, hay que juzgar las cosas humanas como hombres, y saber ponerse en los paños de un desgraciado. ¿Qué habríais hecho vosotros en mi lugar? ¡Oh!

si se hubiese tratado de elegir entre una muerte gloriosa y una vida infame, mi denuncia tal vez sería censurable; bien que no faltaría por cierto quien prefiriese vivir de cualquier modo a morir gloriosamente. Pero tal no era mi caso. . .”

Lo que no tiene atenuante es el silencio de los culpables; y se pregunta si personas que tan poca importancia daban a la vida de los demás, merecían que otros se sacrificaran por ellas. Es que Andócides estaba inscripto en una secta; probablemente sus compañeros se creyeron traicionados, y ellos se encargaban de excitar el odio de todos contra él.

¿Qué sucedió después de la denuncia? Dicen que fué libertado, pero condenado a parcial *atimia*, esto es que le fué aplicado el decreto de Isotimides, que vedaba al reo confeso de sacrilegio hablar en la asamblea y participar en las ceremonias sagradas. Mas, no hay nada de eso. El decreto de Isotimides no se aplicaba con una sentencia particular; caía bajo su sanción el culpable confeso de sacrilegio. Como Andócides ni se creía culpable de sacrilegio ni se había confesado tal, cuando quince años después de los acontecimientos narrados volvió a Atenas, hablaba en la asamblea y tomaba parte en las funciones religiosas como los demás ciudadanos. Entonces fué cuando Cefirio le acusó de violar el decreto de Isotimides; y como el orador demostró que nada tenía que ver con él aquel decreto, fué condenado el acusador.

De todo esto resulta con evidencia que no se dictó contra Andócides una sentencia de *atimia* parcial (*atimia* quiere decir privación de los derechos de ciudadano). En 415, pues, fueron libertados él y sus deudos. Poco después murió el padre, quedando Andócides con la subsistencia mermada; él dice que se vió en la indigencia, y que tuvo que vivir del trabajo de sus manos y de su ingenio.

Esto y la antipatía de los ciudadanos fueron parte a que dejara a Atenas y se fuera a Chipre, dedicándose al comercio y a la navegación. Vemos después que allí poseía vastas extensiones de terreno, lo que demuestra que Chipre fué su nuevo domicilio. Recorrió entonces el mar en todos los sentidos; fué a Italia, a Sicilia, a Tesalia, a Macedonia, al Peloponeso, al Asia

menor; y doquier supo granjearse la amistad de príncipes y reyes, amistades que ofreció después a la patria.

Que dos veces fuera encarcelado en Chipre, lo afirma el libelo Lisiano y la vida. Levi supone que la causa del segundo encarcelamiento fué la muchacha, que le quitó al rey Enagoras y devolvió a los suyos. De ella se habla en la vida. Mas todo aquello tiene visos de ficción. He aquí el tono del libelo: “Durante su destierro alborotó a Sicilia, a Italia, al Peloponeso, a Tesalia, al Helesponto, a la Jonia, a Chipre, adulando a todos los reyes, salvo a Dionisio de Siracusa”. Así habla el odio y la envidia.

En 411 hallábase en Samos la flota ateniense. Arquelaos, rey de Macedonia, había sido huésped del padre de Andócides, y permitió a éste que cortara en su reino lo que se le antojase para exportarlo. Andócides aprovechó el favor del rey para proveer de remos, grano y armas a la flota ateniense que estaba en Samos. Mientras tanto en Atenas la revolución oligárquica había dado el poder a los Cuatrocientos, y uno de los jefes era el siniestro Pisandro. La flota y el ejército de Samos se declararon en contra de los oligárquicos, y preparábanse a restablecer la libertad. Andócides ignoraba todo esto, y creyendo que, gracias a los grandes servicios prestados a la flota, le recibirían amigablemente, volvió a Atenas, donde le esperaba una gran decepción. No bien puso pie en tierra, lo prendieron y condujeron atado ante los Cuatrocientos. “Entonces, dice, Pisandro avanzó hasta el medio de la sala y púsose a mi lado, diciendo: *senadores, he aquí el hombre que surtió de remos y trigo a nuestros enemigos en Samos. Y narró detalladamente el hecho. A la sazón conocíase ya la actitud del ejército en Samos, hostil al nuevo gobierno. Entonces yo, oyendo el ruido que hacían los senadores, y viéndome perdido, de un brinco me acogí al altar de Vesta, abrazando la estatua de la diosa. Esta fué mi salvación del momento*”.

Fué en seguida encarcelado, y hasta sometido al tormento; pero después de unos cuantos meses lo encontramos otra vez libre y entregado a sus negocios, que le permitieron rehacer su fortuna. En Atenas, hasta su casa solariega había pasado a otras manos. “Si me condenáis, dice, nadie os quedará ya de mi

familia, que caerá desarraigada de cuajo. Y por cierto que no fué para vosotros un oprobio la casa de los Andócides y los Leagoras. Opropio, y grande, fué que durante mi destierro la habitara Cleofón, un fabricante de liras. No hubo jamás nadie que pasando delante de nuestra casa se acordara de alguna injuria hecha a él o a la ciudad”.

Andócides había vuelto a Atenas en fuerza de un decreto de Menipo, que le otorgaba la *adía*, o sea la inmunidad. Esta le fué quitada por los Cuatrocientos, cuando se les escapó de las manos.

En 408, restablecido ya el gobierno popular, volvió Andócides a Atenas, y no se sabe cómo (Lisias dice que comprando a los pritanes) obtuvo autorización para hablar en la asamblea, a fin de pedir se le devolviese la inmunidad, quitádale por los Cuatrocientos. Padeciase entonces en la ciudad una gran carestía, y él llegaba de Chipre anunciando el inmediato arribo de 15 buques cargados de trigo. En la oración pronunciada en esta oportunidad, y que poseemos, habla de esas naves y, además, de no sé que otro gran beneficio que venía a hacer a la ciudad, pero que no podía manifestarse sino a los senadores. En esta oración Andócides parece otro, hasta el punto de que se dudó de su autenticidad. Lo que es evidente es la turbación del orador, pues se siente en un ambiente hostil, y siempre por la misma causa: aquella denuncia. Trata de defenderse; pero, más que una apología, parece una confesión. “Para mí, jueces, estaba en lo cierto el primero que dijo que cada hombre desde el nacimiento está destinado a ser a la vez feliz e infeliz. La infelicidad consiste en cometer errores: los más felices son aquellos que cometen menos; y los más sabios aquellos que más pronto se arrepienten. Esta es la suerte, no de algunos hombres solamente, sino de todos en general. Si, pues, queréis acordaros de que sois hombres, seréis para conmigo más indulgentes; lo que hice es más digno de compasión que de odio”. El estado anormal del espíritu explica también la exageración con que habla de los servicios que ha prestado y entiende prestar. Sea como quiera, sus enemigos pudieron más que sus palabras, y tuvo que abandonar a Atenas. Pero en 403, después de de-

ribada la tiranía de los treinta, gracias a la amnistía general que se proclamó, volvió finalmente a su querida patria.

Mas, no tuvo el buen sentido de vivir tranquilo. Se mezcló a la vida pública, y empezó, creyendo granjearse el favor de todos, a mostrarse liberal con sus riquezas, lo que no sirvió sino para despertar la envidia. En 399 se le acusó de impiedad: es el año mismo del proceso de Sócrates; y Andócides tiene con Sócrates de común la calidad de la acusación y uno de los acusadores, Meleto. Dos eran los crímenes: se le acusaba primero de que, siendo reo confeso de sacrilegio, tomaba parte en las ceremonias religiosas, contra el decreto de Isotimides; y en segundo lugar se le acusaba de haber depuesto sobre el altar en Eleusis, una rama suplicatoria, que se había encontrado, lo que estaba prohibido so pena de muerte. Fué en esta ocasión que hizo la defensa de toda su vida, en la oración que se titula *De los misterios*, de la cual he sacado los pasajes que fuí traduciendo. Mucho habría que decir, pero baste saber que el triunfo de Andócides fué completo, y los sicofantes Cefisio, Meleto y Epicares no lograron siquiera, al parecer, la quinta parte de los sufragios, lo que los condenaba a la *atimia*.

En 391 lo encontramos embajador plenipotenciario en Esparta, para negociar la paz. El la obtuvo en buenas condiciones; y de regreso, con su última oración "por la paz", recomendó al pueblo que la ratificara. No lo consiguió, por desgracia de Atenas. Dice la *Vida* que fué condenado a destierro; lo cierto es que no se oye ya hablar de él.

La oración por la paz es la única de género deliberativo que poseemos. Dionisio la creía espuria, pero sin razón suficiente. Se ven además citadas dos oraciones; en total serían siete, según los biógrafos. De las tres oraciones que poseemos auténticas, la más importante y la única cuya autenticidad no fué nunca puesta en tela de juicio, ni antiguamente ni hoy, es aquella sobre *los misterios*. Los juicios que se dan de ella varían según las disposiciones de los críticos. La verdad es que se trata de un monumento de elocuencia y una página de historia de un valor inapreciable. Lo que parece frialdad es moderación de persona educada.

Puede decirse que toda la fuerza de la elocuencia de Andócides consiste en dejar hablar a los hechos; son muy contados los puntos en que deja transparentar algo de la conmoción que lo embarga. Se lanza contra sus acusadores, y tal era la costumbre; era justo que el pueblo los conociera, y por cierto que los deja maltrechos; pero aquí tampoco encontramos insultos, sino hechos.

La oración *por la paz* dista mucho de valer tan poco como algunos pretenden. Allí también se vé lo que debía ser parte del carácter de Andócides: no sé qué ingenuidad; dice las cosas como las piensa, pero como no debiera decirlas; pues uno de los argumentos en favor de la paz es que los atenienses en todas las ocasiones han sido, con los demás enemigos de Esparta, derrotados siempre, y no por disposición de la fortuna, sino por el valor de los espartanos. Ponderando lo aventajado de las condiciones de paz, no titubea en ensalzar la magnanimidad espartana, y preguntar a los atenienses qué pactos impondrían ellos si hubiesen vencido una sola vez.

Así estaban las cosas, pero era peligroso declararlo en la asamblea. Se dirá que Demóstenes no es menos libre; y sin embargo no es así: Demóstenes reprocha a los atenienses sus defectos, pero siempre queda subentendido que si quisieran, si hicieran un esfuerzo, no habría quien los resistiese. Andócides, en cambio, les dice abiertamente que no pueden con los espartanos; que no achaquen las victorias de éstos a la fortuna, sino a su virtud. “Nada más fácil que alabar a los atenienses en Atenas — es un dicho que se hizo casi proverbial: — lo difícil sería alabar en Atenas a los espartanos”. Y esto lo hace Andócides, mostrando a los atenienses que si la ciudad existe aún, se lo deben a los espartanos; y esta libertad no nace en él de reflexión: se vé que está persuadido de que el decir las cosas como son y sin rodeos es el mejor medio de agradar y ser útil a la ciudad. Nunca, aún hablando contra sus enemigos, se abandona a la indignación, como Demóstenes. Así, el estado de su alma en la cárcel lo da a entender exponiendo los razonamientos que hacía para consigo, y no describiéndolo. Nunca sugiere a los jueces la sentencia que han de pronunciar, ni les exhorta, dejando que juzguen después según les dicte su conciencia.

No le dice a la asamblea, en la oración por la paz, “habéis de aceptarla”; expone las ventajas de la paz, el estado de cosas en Atenas, lo peligroso que sería continuar la guerra, y basta: deja la deliberación a quien le toca. Es una elocuencia, por decirlo así, objetiva; y este es el carácter de Andócides, que por lo demás casi nunca razona, pues no es razonar el decir: “ved lo injusto o dañino que esto sería”. El cree que basta demostrar la injusticia para que se huya, el daño para que se evite; y lo demuestra insistiendo en todos los detalles, y no por entimemas. Para él, el oficio de orador consiste en exponer las cosas como son.

No por eso diremos que sea superior a éste o a aquél. Es orador a su manera, y tan es así, que ni siquiera se le inventaron maestros.

F. Copello.